



El viejecillo se puso la mano derecha sobre los ojos...

El viejecillo se puso la mano derecha sobre los ojos, dió de talonazos á su mula y en un momento se encontró al lado de Porfirio y de su gente.

*Tata Juan* era de cosa de ochenta años, de regular estatura, sin pelo de barba, la boca plegada en un mohín como de susto (conforme pasa á los viejos que ya no tienen dientes), la frente estrecha y la mirada como revelando fatiga, indiferencia y desdén. El color era quebrado, y más que negruzco (como le pintaban los periódicos de la época santanista) amarillento y dando á conocer la liga con los insulares de Extremo Oriente. El padre era español, y el mismo don Juan había llevado en sus mocedades el mote de *Juan el Asturiano*; la madre debe de haber tenido mezcla de malayo. Vestía el ex-presidente chaqueta y pantalón de dril; calzaba alpargatas, que dejaban ver los blanquísimos calcetines de hilo; iba tocado con un gran sombrero de paja, que hacía reverencias hacia el suelo á cada paso de la bestia ó á cada cambio de postura del jinete, y tenía en toda su persona un aspecto que maravillaba de seguridad, de seriedad, de entereza y de costumbre de ser obedecido. Le acompañaba su hijo, el general don Diego, hombre de buena edad y al parecer sujeto en un todo á las voluntades y propósitos de su ilustre padre.

Los Alvarez recibieron con suma cordialidad á Porfirio y á su gente, y como á poco andar se llegara á la

Providencia, que era la finca del viejo general, allí aposentaron al jefe y á los otros que con él iban. Conferenció el caudillo con don Juan, y mientras tanto, el comandante



y sus compañeros se maravillaban al ver el singular régimen planteado en aquellas comarcas. Don Juan era allí la primera autoridad en lo humano, la persona más respetable en lo divino, el árbitro de todos los pleitos, el arreglador de todas las dificultades, el que entendía en el manejo de la cosa pública y el que dirimía todos los conflictos privados. Era el patriarca en su más amplia acepción.

Pero aparte del patriarcado, existía también el matriarcado en la tierra dichosa de don Juan. La mujer del cacique juzgaba, no sé si de propia autoridad ó por delegación de su marido, los casos de adulterio y los otros que tocaran á la fidelidad que se debían los cónyuges. Pan-

cho tuvo oportunidad de asistir á muchos de aquellos curiosos y sumarísimos juicios en que, después de oirse á las partes, se condenaba á la que hubiera quedado convicta de haber faltado á la fe jurada, á sufrir una tunda de azotes en parte noble, blanda y desnuda.

Otro tanto pasaba con los demás delitos (sobre todo contra los que conculcaban el santo principio de la propiedad) sorprendidos ó averiguados en aquella región feliz: garrotazo y tente tieso era la teoría jurídica reinante, y Pancho se admiró mucho al ver en la tierra de la libertad, del plan de Ayutla y de las garantías individuales, aplicados los procedimientos del más refinado despotismo.

Don Juan recibió á las gentes de Porfirio con un amor y una cortesía comparables sólo con su sincera bondad; pero don Diego no vió con tan buenos ojos la llegada de aquellos extraños: á menudo, durante su excursión por los alvarezcos dominios, tropezó Díaz con falta de *totopo* y de carne, que era la especie en que por esos rumbos se pagaba la contribución de guerra, y los justicias confesaron al general que tenían orden del cacique mozo para no facilitarle mantenimientos.

En la Providencia se incorporaron á la larva de ejército muchos oficiales que, ó habían quedado dispersos por allá, por haber estado desempeñando comisiones antes de la caída de Oaxaca, ó que se habían internado desde

Michoacán después de la horrible persecución que habían sufrido los chinacos del rumbo. El más notable de todos ellos era el coronel don José María Pérez-Milicua, veterano lleno de méritos, pues venía batiéndose con el francés desde el año treinta y ocho, había hecho la guerra contra los yankeés, los mochos y los intervencionistas, y regresaba ahora de su cautiverio en Francia. *Tío Pérez*, (como le decían por cariño) refirió con lujo de detalles y con el colorido de que tenía el don, la triste suerte de Arteaga y sus compañeros, las crueldades de Méndez, la noble pertinacia de los chinacos de Régules y toda aquella heroica guerra que el relatante había presenciado en muchas de sus fases.

Casi todos los soldados que halló Porfirio en la Proviencia eran cabos y sargentos, que incontinenti fueron habilitados de oficiales; pero empezaba á suceder con el grupo aquello que decía el epigrama de Carpio el bonachón: «que no busquen generales, que todos irán de acá:» había muchos jefes, pero no tenían sobre quién ejercer mando ó cosa que lo pareciera.

La tropa emprendió su camino llena de esperanzas, y Olivos, que siempre se las prometía felices, no dejaba de aguardar triunfos y maravillas á poco que su invicta planta diera los pasos necesarios para ello; mas vino á amargarles el placer la noticia que recibieron de que el duque de Bernard avanzaba á encontrarles con setecien-

tos hombres de buena tropa, mestiza de austriaca y mexicana.

A toda prisa mandó Jiménez un batalloncito que no contaba con más de doscientos indios cerriles, y en su compañía se lanzó el general por los caminos, poniendo en acción, ya que no levantando en armas (entre otras mil razones porque no las tenían) á los indios de aquellas partes.

Pancho logró comprobar entonces cuánto era el ascendiente que disfrutaba Porfirio entre la gente suriana, y el poderoso magnetismo que poseía para atraerse las voluntades. Indios que no entendían palotada de lo que era patriotismo, que á lo más sabían por sus ancianos la existencia de un rey dueño de vidas y haciendas y que no solían moverse sin la orden, ó, por lo menos, sin el beneplácito de Tata Juan, seguían á aquel mozo de tez tostada, de ojos brillantes como carbones encendidos y de voz que cuando aconsejaba era dulce y grata, y cuando se imponía, tonante, ríspida y dura como el sonar del acero contra el acero en el momento de chocar las hojas para emprender el combate.

Olivos seguía teniendo el primer lugar entre todos aquellos valientes, pues el jefe no olvidaba sus anteriores servicios. Un día le dijo:

— Amigo, aquí necesitamos valernos de alguna estratagemas, porque de otro modo nos hundimos. ¿Qué dice

usted? Hemos vuelto á las épocas del cura Hidalgo: ya usted lo ve; palas, picos y azadones para pelear, no para alzar fortalezas... Pero se ha de seguir adelante ó vemos para qué vinimos al mundo.

Entretanto la muchedumbre aquella iba llena de ardor, recorriendo pueblos y montes, gritando vivas á la libertad y celebrando las bondades del nuevo jefe, que se aparecía con sistemas tan nuevos y tan raros de pelear: no imponía préstamos, no robaba, no extorsionaba, pagaba cuánto consumía, y era, en fin, un ejemplar desconocido y extraño en aquella fauna de bribones desapoderados y borrachos, locos ó asesinos, que caían como el *chahuixtle* sobre las exangües comarcas.

Caminaba la tropa de Porfirio á pie y despacio, seguía el pelotón de cabos y sargentos, y al último, como apéndice de núcleo tan exiguo, venían los dos ó tres mil naturales que con tan buena voluntad se habían agregado á las filas: iban vestidos con sus ropas de lujo, estos, llevaban hacia afuera las faldas de la morena camisa, tenían remangados los calzoncillos hasta media pierna, estaban tocados con sombreros de palma de anchísimas alas y aun algunos se honraban con un machete de seis dedos de espesor, pendiente de una correa de cuero crudo.

— Los austriacos, anunció Porfirio á su ayudante, son setecientos y cuentan con trescientos auxiliares traidores y con seis piezas rayadas de montaña.



... empezaron á tocar con furia. La una atacaba con un son...

Pancho tanteó con la vista aquel batalloncito mal equipado y aquella muchedumbre de indios sin armas y que probablemente emprendería la fuga luego que se acercara algún peligro serio, y aunque nunca solía hacer observaciones á su jefe, le miró con tanta sorpresa que Porfirio le tranquilizó sonriendo:

— No se espante, amigo; no hay nada de raro en esto, pues tenemos allá los doscientos hombres de Segura, que nos prestarán muy buenos servicios.

Pero no había acabado de decir aquello, cuando todas las músicas de los pueblos que iban en la reunión, empezaron á tocar con furia. La una atacaba un son abajeño, la otra le contestaba con el himno nacional, y cuando más comprometidas se hallaban ambas en la disputa, se entrometía una tercera que ensayaba el alabado viejo y que pronto cedía el lugar á una cuarta y á una quinta que se ejercitaban en la melodía religiosa ó en el jarabe tapatío. A menudo la *Paloma* se cogía á picotazos con el *Perico*, ó reñían descomunal pelea algún vals concebido á orillas del Rhin y la coplilla triste y lánguida, inspirada por las voluptuosidades del suelo tropical: aquello era la Babel del sonido, el acabóse de la armonía.

Los austriacos oyeron la cencerrada desde lo hondo del valle y también desde allí vieron el centellear de los instrumentos: abollados fagots, centenarias bombardas, trombones reumáticos, trompas apocalípticas, agudas